



BIBLIOTECA

P81181
P6

ES PROPIEDAD



FONDO LITERATURA

22832

PROEMIO

No estará de más, para los lectores de este libro, la previa explicación de lo que es y del modo como fué formado.

Remóntase su origen á los felices y lejanos tiempos de mi primera juventud. Amante apasionadísimo de la poesía, después de haber devorado (esta es la palabra propia) cuantos versos vinieron á mis manos de nuestros ingenios españoles, de los autores italianos y los clásicos franceses, todavía me produjeron honda impresión, abriendo á mi espíritu nuevos y vastos horizontes, los vates contemporáneos del país vecino, Lamartine y Víctor Hugo, sobre todos. La elevación y serenidad majestuosa del cantor de las *Meditaciones* y las *Armonías poéticas*, su misticismo contemplativo, su ternura melancólica, me transportaban á una esfera de idealidad arrobadora; y aún me arrebatában con mayores vuelos la fantasía prodigiosa, la audacia, la variedad flexible é inagotable del poeta-apóstol, que proscrito entonces en Jersey, semejava unas veces apocalíptico profeta, y otras tierno y dulcísimo soñador. Admiraba yo más á Víctor Hugo; amaba más á Lamartine. Quería asimilarme la poesía del uno y del otro, y con este objeto, por pura fruición propia, sin ulterior propósito, di en traducir sus versos. ¡Qué horas tan deliciosas, y á veces tan inquietas, huyendo de las gentes, á solas conmigo mismo, pasé ocupado en aquella dificultosa labor! A nadie la daba á entender; temía que la profanasen ojos extraños.

Tenía emborronado un rimero de cuartillas, cuando lograron verlas algunos de mis amigos más íntimos; halagáronme sus elogios, y entonces caí en la tentación de publicar mis traducciones. Uno de mis maestros, Aparisi y Guijarro, llegó á escribir, para las de Lamartine, un prólogo que insertó en su periódico *El Pensamiento de Valencia*. Era esto en 1858: fui entonces por primera vez á Madrid, aún estudiante, llevando en la maleta el abultado paquete de mis versos. Encontré allí protectores benévolos: Pedro Antonio Alarcón, á quien había conocido en Valencia, y que se ufanaba de patrocinar á Vicente Querol, quiso prestarme igual merced. Al contrario de Aparisi, ponía á Víctor Hugo sobre Lamartine, y quiso que se publicasen primero sus traducciones. Encargóse de ello la imprenta.

ta de *La Discusión*, periódico en que escribía entonces el futuro autor de *El Sombrero de tres picos*. Pero faltaba un prólogo de algún escritor de muchas campanillas, que recomendase al novel poeta-traductor. Alarcón me presentó con este objeto á Castelar, famoso ya en aquel tiempo. También al orador republicano le gustaba amparar á los muchachos cultivadores de las letras. A mí me recibió muy bien, me abrió de par en par las puertas de su casa y escribió el prólogo encomiástico.

Con aquel prólogo salieron á luz mis *Poesías selectas de Victor Hugo, traducidas en verso castellano*, en edición modesta y pobre, hecha sin duda de mala gana y por puro compromiso. Tuve, á pesar de ello, un momento de juvenil satisfacción al ver mi libro; á los tres meses renegaba de él. Veía claras y patentes las faltas de mi traducción. Para expresar con exactitud el sentido de la poesía original, descuidé la forma; no brillaban en ella la galanura y la gallardía propias de la versificación castellana. Arrepentíme de haber dado á la estampa obra tan imperfecta. Por fortuna, aquella edición, casi inadvertida para la crítica, desapareció pronto. No sé si se vendió ó sirvió «para envolver alcaravea»; lo cierto es que hace muchos años no se encuentra aquel libro en parte alguna: baste decir que Menéndez Pelayo, conocedor de cualquier papel impreso en España, confiesa no haberlo visto nunca.

Ocioso es añadir que las traducciones de Lamartine quedaron en cartera. Las exigencias de la vida práctica me hicieron olvidar aquellos gustosos trabajos de la mocedad, hasta que, largos años después, Aurelio Querol, hermano del poeta, que con el editor Pascual Aguilar había emprendido la popular *Biblioteca Selecta*, me pidió original para ella. Quise complacerle, y lo busqué en los legajos, cubiertos ya de polvo, de mis versiones de los grandes poetas extranjeros. Tuve que corregirlas mucho, casi rehacerlas. En los volúmenes de aquella Biblioteca, titulados *Leyendas de oro y Amorosas*, entre las de otros autores alemanes é ingleses, insertáronse bastantes poesías de Lamartine, Victor Hugo y Musset. Esta publicación tuvo mejor éxito que mi primer libro. De uno y otro volumen se han hecho varias ediciones, que han corrido mucho por España y las Américas. Pero no contienen más que pequeña parte de mi antigua versión de aquellos poetas; la porción mayor quedó inédita.

Renuévanse en la vejez los amores de la juventud. Tras una vida fatigosa de luchador en el público palenque, cansado, y no sé si decir que también desengañado y arrepentido, vuelvo á lo que fué mi primera ilusión, á mis libros, á mis poetas, á mis ensueños. A los genios de la poesía, que llenaron en Francia con sus obras inmortales la primera mitad del siglo XIX, han sucedido nuevas generaciones de amantes del ideal.

Pasó el cálido soplo del romanticismo, que tanto enardeció los ánimos y exaltó la fantasía en todas partes, y los «parnasianos,» serenos y desapasionados, pusieron su ahinco en la perfección de la forma, cultivando el arte por el arte, y haciéndose perdonar muchas veces la nimiedad del pensamiento por la exquisita pulcritud de la expresión. Buscaban á la vez la originalidad, ya en las galas de literaturas exóticas, ya en el artificio de rebuscados conceptos, ó por más extraños derroteros, como el paradójico autor de las *Flores del mal*. Convertían en sistema estas excentricidades y estos extravíos, y los exageraban los poetas que luego se llamaron «decadentes,» haciendo alarde de un neurosismo flojo y enfermizo, del cual también brotaban rasgos de conmovedora inspiración. Y venían por fin los «modernistas» á declarar arrogantes la necesidad de renovarlo todo en el orden literario, desde las reglas del metro y del ritmo hasta las leyes supremas de la estética. Y en estas corrientes distintas y encontradas, entre novedades atrevidas, desvarios censurables y aciertos sorprendentes, resplandecían numerosos los fulgores de ingenios brillantísimos, y también de grandes poetas, como Sully-Prudhomme y Francisco Coppée, gloria de la Francia actual, soñador é imaginativo el primero, sutil psicólogo y algún tanto ideólogo, pulquérrimo en sus versos, elegante y *spirituel*, en la acepción francesa de esta palabra; más natural el segundo en la idea y el modo de expresarla, con más calor en el alma y más atracción en su espíritu, y gran escrutador de un mundo casi nuevo para la poesía, el mundo de lo pequeño, de lo olvidado, de lo aparentemente vulgar, donde con rara perspicacia encuentra tesoros de sentimiento, de hermosura moral, pobres flores desconocidas ó desdeñadas, que entre zarzas recoge, mereciendo bien el dictado, que se le dió, de «poeta de los humildes.»

Lo que en mi entusiasta juventud me hicieron sentir y gozar Lamartine, Victor Hugo y Musset, lo he sentido y gozado otra vez en mi reflexiva vejez, gracias á estos nuevos poetas, sus dignos sucesores; y pasar del embeleso de la lectura al intento de la traducción, era tránsito natural y fácil para quien estaba habituado á aquella tarea. Sin proponérmelo, y casi sin pensarlo, volví á aquel trabajo de treinta años antes, leí á los amigos mis nuevas traducciones, publiqué algunas en los periódicos, y al poco tiempo aquella obra había crecido tanto, que me asaltó la idea generadora de este libro. Pensé que escogiendo y limando las ya antiguas versiones de los poetas franceses de la primera mitad del siglo XIX, y completando las recién hechas de los que han florecido en la segunda mitad, podría formar una Antología (ramillete, según el significado de esta palabra griega) de la poesía francesa en aquella centuria, que diese concep-

to bastante cabal de su índole, tendencias y evoluciones, y que sirviese no solamente para solaz de los devotos de las Musas, sino para estudio y enseñanza de los que necesitan ó apetecen conocer la literatura extranjera. No se me oculta que en España los profesionales de las letras, casi todos los que por gusto las cultivan, y aun muchos de los que á su república pertenecen como meros lectores, conocen la lengua francesa y leen á sus poetas en el texto original. Pero, por mucho que ese círculo se ensanche, siempre quedará fuera de él infinidad de personas, que no son insensibles á los encantos de la poesía, y que solamente vertida al castellano pueden comprender la de allende los Pirineos.

A las unas y á las otras dedico este volumen, algo confiado en la indulgencia de las últimas, algo receloso, respecto á las demás, de sus temibles exigencias. Hay prevención contra los que en verso traducimos composiciones poéticas escritas en ajeno idioma. Nos condena de antemano un adagio que nació en Italia y se ha extendido mucho: *traduttore, nos dice, traditore*. Y en alguna razón se funda esta severidad, pues es sumamente difícil conservar en la traducción rimada, no sólo el pensamiento del poema traducido, sino la forma peculiar, la dicción precisa y el tono propio que el autor le diera. Hay en esta labor aproximaciones más ó menos cercanas, dignas de premio, como en la Lotería: conseguir que iguale, en todos conceptos, la versión al original, que sea su reproducción exactísima, es como alcanzar en aquel juego el premio gordo. Uno de nuestros poetas más insignes y de los que fueron más flexibles y fáciles en la expresión, Fray Luis de León, lamentaba la dificultad de este trabajo y la exponía á sus lectores para que no fuesen severos. «De lo que yo compuse, decía, juzgará cada uno á su voluntad; de lo que es traducido, el que quisiere ser juez pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña á la suya, sin añadir ni quitar sentencia, y con guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire, y hacer que hablen en castellano, y no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales. No digo que lo he hecho yo, ni soy tan arrogante; mas helo pretendido hacer, y así lo expreso. Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entonces podrá ser que estime mi trabajo más.»

Lo que Fray Luis de León alegaba en defensa de sus traducciones, bien puedo repetirlo yo, que no vuelo tan alto.

Para dar novedad á este libro, he huído de repetir en él las traducciones incluidas en los dos volúmenes de la *Biblioteca Selecta*, que antes mencioné. De las de Víctor Hugo no he repetido ninguna; de Lamartine y Musset, muy pocas, y eso porque no podía omitirlas sin dejar incom-

pleto el conocimiento de estos autores. Las de los demás poetas son casi todas inéditas; solamente algunas pocas se han publicado en Revistas literarias. Quizás algún lector eche de menos en esta galería de ingenios esclarecidos, otros que también son muy nombrados; pero he de advertir que no todos los versos se prestan á buena traducción rítmica. ¿Cómo trasladar á otro idioma de esa manera (y vaya por ejemplo) las canciones de Beranger, en forma métrica análoga, con su mismo tono y *vis* popular? Por imposible lo tengo. Otro ejemplo: hay un poeta, recién fallecido en París, que ha figurado entre los primeros de nuestro tiempo, y que para mí es muy simpático por su origen español: José María de Heredia. Sus sonetos son obra de un arte admirable. Pero encerrar el contenido de los catorce alejandrinos del soneto francés en los catorce endecasílabos del soneto castellano, sobre todo si están tan repletos de ideas y de imágenes como los de Heredia, es empresa temeraria; yo no me he atrevido á intentarla. Conste, pues, que á más de los poetas contenidos en la presente Antología, hubo en el pasado siglo, y los hay todavía en Francia, otros con ellos equiparables. Esto no obstante, creo que doy en este libro un cuadro bastante completo de la poesía lírica que tan esplendoroso florecimiento ha tenido durante ese período en la nación vecina.

TEODORO LLORENTE